

Roberto Varela: formador de hombres cultos de su tiempo

Frente a mí, al redactar estas cuartillas, está la foto de nuestro querido Roberto Varela en la portada de *Bricolage*, la revista de los estudiantes de antropología social y geografía humana, dedicada a él unos meses después de su partida.

Sonríe. En la mano derecha sostiene los lentes y en la izquierda su pipa, parte sustancial de la indumentaria de ese extraordinario ser humano con camisa a cuadros, las mangas a medio brazo, trabajando al hablar, al estudiar, al escribir –sobre todo al pensar y guardar silencio.

No me toca a mí explicarlo. Es, quizá, tema de sus colegas antropólogos, o forma parte de esa zona del misterio que acompaña al acontecer humano, pero he podido constatar, a lo largo de mi vida, que hay personas que con su presencia simbolizan lo mejor de las instituciones a las que pertenecen. Pueden o no tener cargos, eso es circunstancial: son, sin ellos o a pesar de ellos, guías, referencias en la construcción de ambientes para el avance del conocimiento, la enseñanza, la construcción de espacios colegiados y ¿por qué no decirlo? seres ante los que no se puede ser indiferente.

Alguna vez escuché la siguiente anécdota: al volver de obtener dos doctorados en el extranjero, el hijo se presenta ante el padre, orgulloso de sus logros. Aquí están mis diplomados, padre. El hombre mayor, pensativo, le da un abrazo y le dice: bueno, pues has andado la mitad del camino, ahora te toca lo más difícil: *perder los doctorados*. El muchacho sin comprender lo que dice su padre guarda silencio y espera. Mira: nadie dice doctor Freud, o doctor Darwin ni doctor Marx. (En esta comunidad yo diría que nadie se refiere a Turner, a Lévi-Strauss o a Adams anteponiendo sus credenciales.) Son nombres que valen –y valoramos– sin necesidad de adelantar sus grados.

Por eso basta y sobra decir Roberto Varela, así, a secas pero con toda la carga simbólica que significa su nombre, para saber que estamos hablando de un pilar de nuestra universidad: inquieto, perspicaz, inquisitivo, no conforme con seguir los caminos trillados; provocador de pensamientos, afincado en la honda cultura que, como su nombre lo indica, cultivó sin cesar a lo largo de sus días.

Amigo fiel, pero no complaciente. Amoroso compañero, padre y abuelo –“ser abuelo es el postre de la vida”–, maestro en el mejor de los sentidos. En la editorial de *Bricolage* sus alumnos escribieron un párrafo que no resisto citar:

Y es que honestamente pocos son los profesores que calan hondo. Roberto Varela fue uno de ellos. Su profundo conocimiento de la antropología, el rigor y la claridad de sus exposiciones, la inteligencia de sus juicios, la perspicacia de sus críticas, la brillantez de sus intuiciones, la felicidad de sus ironías y la pertinencia de sus preguntas, hicieron de él un profesor extraordinario: un *maestro* en el sentido fuerte de la palabra.

En vez de decir que el número de la revista está dedicado al doctor Roberto Varela, terminan con una hermosa expresión de afecto: “...este número está dedicado a Roberto ‘el Flaco’

Varela”. Donde quiera que esté –desde luego en nuestra memoria y gratitud– al escuchar que sus estudiantes le recuerdan así, con ese cariñoso sobrenombre, vuelvo a la foto de la portada y entiendo su sonrisa. No hay mejor homenaje que el respeto no ausente de buen humor para un maestro. Sin duda, me sumo, hago propias, las palabras que sus estudiantes escribieron.

En pocos días culminará la honrosa distinción que me confirió la UAM para ser rector general. Por ello, asistir a este homenaje en las últimas semanas de mi encomienda tiene tanto sentido. La obra intelectual de Roberto Varela es importante y habrá de continuar enriquecida por la crítica y profundización de sus hallazgos por parte de sus colegas y alumnos. Estoy seguro de que así será.

Pero es preciso volver a reflexionar en cómo una persona puede encarnar, debido a su solvencia ética y solidez humana, los valores no sólo de su institución de referencia, sino, en este caso, los de la vida universitaria. Roberto, “el Flaco” Varela, construyó junto con sus colegas, maestros y estudiantes un espacio para el trabajo antropológico del cual estamos orgullosos en la UAM. También legó con generosidad una vasta obra especializada que sus pares aprecian. Pero, a su vez, reivindicó cada día el valor de la vida académica y el sentido más fuerte de la labor de las universidades públicas. Algunos recuerdan cómo sintetizó, en una frase sólida, la razón de ser de nuestras instituciones. Luego de detenerse a pensarlo unos instantes, con la pipa en la mano, dijo con voz firme: “lo que ha de guiar a la UAM, y a todas las universidades que se respeten, es una cosa sencilla de decir pero difícil de lograr: formar hombres cultos de su tiempo.”

El silencio que prosiguió a esa frase, entre sus colegas, es difícil de describir. Creo que daba sentido a la sentencia que afirma: “no hables si lo que vas a decir no es más bello que el silencio”.

En estos días, cuando la prisa y ciertos indicadores opacan la sabiduría que se construye con paciencia y disciplina, es menester recordar este eje orientador para nuestro trabajo: generar hombres cultos y de su y nuestro tiempo.

Esa propuesta de rumbo, de horizonte de largo plazo, sólo puede provenir de quien ha reflexionado sobre lo que es valioso; es socia de Machado cuando advierte: “cualquier necio/ confunde valor y precio.” Roberto entendió lo que es valioso en esta labor educativa, que rebasa, con mucho, la instrucción o la habilitación sometida al mercado.

Agradezco enormemente la oportunidad de expresar estas ideas ante ustedes. A pesar de la pena por su partida –lo extrañamos– se ha quedado con nosotros en su obra, en su profundo afecto por la universidad, sus colegas y estudiantes; sus amigos y familia.

Y, a mi juicio, en esa frase que se une tan bien con una universidad abierta al tiempo: ojalá, sería el mejor homenaje posible, estemos a la altura de su propuesta: formar hombres cultos de su tiempo. Menudo reto, “Flaco”: pero es preciso trabajar por ello.

Luis Mier y Terán Casanueva
Rector General de la Universidad Autónoma Metropolitana